

EN BRAZOS DE LA MUJER CASADA

Carlos Lechuga nació en La Habana en 1983. Cursó estudios en el Instituto Superior de Arte y se graduó de la Escuela Internacional de Cine y Televisión. Ha trabajado como director, guionista, *script doctor* y *ghostwriter*. Sus dos largometrajes *Melaza* y *Santa Andrés* se estrenaron en los festivales de Toronto, Rotterdam, San Sebastián y han recibido varios premios internacionales. Sus obras además se han presentado en bienales de arte en La Habana, en ARCOMadrid, en el Museo Reina Sofía y en el MOMA. Ha trabajado con cineastas como Humberto Solas, Juan Carlos Tabío e Iciar Bolláin. En la actualidad sigue en La Habana tratando de levantar los fondos para su nueva película *Vicenta B.* y escribe crónicas y entrevistas para varias revistas culturales. *En brazos de la mujer casada* es su primer libro.

Carlos Lechuga

EN BRAZOS DE LA MUJER CASADA



De la presente edición, 2020

- © Carlos Lechuga
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-55-3

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NO ES FÁCIL

No es fácil. No es nada fácil. Ya tengo una edad en la que no soy una joven promesa, hice dos películas y ninguna de las dos es *El ciudadano Kane*, ni *La ciénaga*. La mayoría de los fondos y los concursos son para los jóvenes directores que están preparando sus óperas primas o sus segundas películas. La gente del cine y la industria, los que toman las decisiones, todo el tiempo están esperando descubrir al nuevo Reygadas; o ansían ver un cambio de carrera como el de Jon Favreau. Pero que voy a hacer yo, un cubano ahí de treinta y seis años, con dos películas que ni siquiera se han visto mucho en mi país, con un divorcio a cuestas y viviendo en casa de mi madre, en mi mismo cuarto lleno de juguetes. No tengo un trabajo fijo y la calle esta cara, pero caaaaaa-ra. No vivo en un país donde, mientras se levanta una película, uno puede hacer publicidad o alguna serie de televisión interesante. Si con mi primera película la hubiera tirado duro, duro, pero duro, una onda como *The tribe* o *Get Out*, ahora estaría mucho mejor y sería mucho más fácil conseguir plata para filmar. Nunca se

me metió en la cabeza irme del país, agarrar un avión y llegar a Los Ángeles, nunca tuve los cojones de ir a bailar a casa del trompo. A veces, amanezco con ganas de hacer una película de vampiros y otras, de hacer un video experimental de dos minutos. ¿Pero dónde se ven los videos experimentales de dos minutos? ¿Dónde lo meto? En fin, no soy de los que le ha ido peor, pero podría estar mejor.

Como todo el mundo. Cuando tenía veinte años y estaba con muchas ganas de hacer una película, nunca leí este tipo de descarga y creo que por eso lo hago también. Además de para soltar algunas cositas, a lo mejor esto le sirve de ayuda a algún joven que anda por ahí, sin dinero como yo, pero con muchas más ganas, esas ganas que da la juventud, como para tirarla duro, pero duro, duro como *Sin aliento*.

El tema de hoy, si es que llego a un tema, ya que no soy escritor, es: los directores de cine jóvenes frente a los directores de cine mayores de sesenta años. Cuando uno tiene esta necesidad, y no puede vivir ni hacer nada sin pensar en hacer cine, uno es capaz de lo que sea. Y en este mundo a veces los directores, cuando cumplimos una edad, nos podemos sentir amenazados por los directores más jóvenes. Hablo desde mis sensaciones. Cuando tenía veintiséis años. Una pausa, para los que no conocen cómo funciona la cosa, para los que no son Orson —hasta para Orson era del carajo—, los directores con sus productores, muchas veces tenemos que ir a concursos, talleres, reuniones de industria, para contar nuestra historia, reunirnos y conseguir nuestra plata. Entonces, con veintiséis años tuve la suerte de ir a México a una serie de reuniones para conseguir dinero para *Melaza*. En el salón de reuniones estaba-

mos un grupo de imberbes, éramos como veinte, pero también, para mi sorpresa, estaba un realizador mayor que, con la mayor dignidad del mundo, se paró delante de todos e hizo su *pitch*. Luego se retiró de la sala, un poco desesperanzado, al ver cómo el jurado, gente con menos carrera y mucho más joven que él, lo miraban. Ese señor era Paul Leduc. Qué entereza. La sensación agrisulce me invadió: de pinga que después de hacer *Frida: naturaleza viva* uno no tenga una manera más rápida de conseguir dinero para lograr los sueños de uno. No sé la historia de vida de Paul Leduc, alguien me contó una vez que en un momento dejó el cine y se montó un restaurante, pero bueno, evidentemente su deseo de contar sus sueños era aún fuerte, latía, y tenía que pasar por el aro como todo el mundo. Está fuerte tener que enfrentarse a una sala de gente joven, pero también, qué fuerza tenía este tipo de seguir luchando por sus sueños.

Yo no sé si con sesenta años tenga fuerza para eso. Con treinta y seis, a veces, me despierto con ganas de tirar la toalla. Imagínate tú. Para acabar rápido este cuento, más nunca vi a Leduc, el premio, por supuesto, se lo dieron a un joven y en ningún pasillo, ni salón, volví a ver al consagrado director. Una de las noches, en el bar, un respetado guionista español, de setenta años, me miró como si yo fuera el enemigo y me dijo: «Los jóvenes vienen a por nosotros los viejos, pero da igual, yo me voy a una montaña con mi rifle y voy a por todos. A mí no me mata nadie». Me quedé pensando: coño, qué rico sería un mundo donde hubiera para todos, para que todos, viejos y jóvenes, pudiéramos filmar. Cuando uno es joven, uno puede llegar a ser un poco soberbio. Esa soberbia, muchas veces, es mala,

pero otras, ayuda a hacer las películas. Ojalá yo, a esta altura del juego, tuviera la misma soberbia y fuerza que tenía con veintiocho.

Hace un par de años, aún no sé cómo, por las cosas raras de la vida, terminamos mi exesposa y productora, Claudia y yo, en una playa griega llena de millonarios, con varios tipos y tipas fuertes del cine del «mundo mundial». Ahí los dos únicos latinoamericanos éramos dos cubanitos y el resto de la gente eran: Ira Sachs; Julie Delpy; Abel Ferrara; Lisa Cholodenko; Ruben Östlund, el tipo de *Take Shelter* que es un grande; los representantes de grandes estrellas; la guionista griega y productora de *Canino*, Michael Weber; en fin. La crema. Y por cosas de la vida —o me lo imagino yo—, entre Abel Ferrara y yo hubo un momento.

No era la primera vez que veía al señor Ferrara. Unos meses antes, en el festival de Toronto, me lo había cruzado en una farmacia, flaco, viejo, cabizbajo, estaba buscando una medicina. A un tipo tan grande lo vi tan pequeño, que mi soberbia juvenil me permitió sentir pena por él durante unos minutos.

Bueno, la cosa es, que íbamos a estar una semana en el mismo edificio y en la misma playa con Abel Ferrara, su joven esposa y el niño o niña pequeño. Desde el primer encuentro con el grupo, la gente, los durakos de verdad, no sé por qué, se mantenían un poco alejados de Abel.

Abel, que no sabe quién soy yo, pero me sale ahora decirle Abel, se percató de que en todo el grupo, el único que lo miraba con admiración era yo. Entonces, como lobo viejo, me vino arriba y en un inglés ronco y musical me dijo: *Hi guys, I'm Abel*. Estaba viejo, encorvado, flaco, feo. Este genio además de ser un genio,

imagínense las drogas, fiestas, mujeres, fumadera, alcohol, todo por lo que ha pasado. Y luego de saludar, se fue por ahí con los millonarios a luchar. Estaba como yo. En la lucha del baro para la próxima peli. Desde ese momento, algo feo surgió en mi interior. Me da hasta pena decirlo, pero era algo así como una sensación de que a mí, a esa edad, me iba a ir mejor. Qué recomierda el cubanito. Por supuesto que no me iba a ir mejor, no de viejo. Ya no me iba mejor. Ya no había hecho las peliculonas que había tirado el loco este. Y en vez de verlo como a un compañero de lucha, como a un «igual» en el mejor sentido de la palabra, me había puesto gallito a juzgarlo.

Hoy me siento como el culo, porque la vida te pone en tu lugar, y porque realmente creo que en el fondo escribo esto para que nosotros, los que estamos en este mismo barco, los que no podemos dejar de pensar en el cine 24 por 24, hagamos por tratarnos mejor. Por querernos más.

En fin, que no hay salida digna en envejecer en el negocio.

Envejecer está de pinga. Estar luchando para conseguir el dinero para la próxima película, con los achaques de la edad, acostumbRANDOTE a hacer un *pitch* frente a gente más joven que uno. Compitiendo con jóvenes promesas. Los dolores del cuerpo. Problemas en los dientes. La próstata. Los *pitch*.

Al otro día en la tarde me fui a la playa, el agua estaba fría con cojones y éramos pocos. Aquello parecía el final de *Muerte en Venecia*, el sol poniéndose, las olas tocando la arena, y ese genio, encorvado, canoso, seguía con trabajo a su bebé de dos o tres años, que corría de allá para acá con una vitalidad imposible.

Mientras tanto, su mujer, una rubia lolita, que tenía cuarenta años menos que su esposo, no paraba de estirarse y acomodarse su bañador ante los ojos de los fortachones salvavidas.

Aquella imagen contenía una verdad que todavía no logro desentrañar. No sé por qué, en vez de verlo como la simple imagen de una familia feliz y realizada, para mí era una muestra de algo más.

Él se veía un poco resignado. Ya no era ese loco vivaracho que se drogaba, flirteaba y tenía el mundo a sus pies.

Ni siquiera sé porque escribo sobre el Sr. Ferrara, un hombre al que no conozco, que en un sentido no está nada mal, y que a fin de cuentas ha podido hacer grandes películas.

Mi punto es que está de pinga ser un caballo como Ferrara y tener que, con avanzada edad, seguir bailando, bromeando, chisteando en frente de la gente rica — casi siempre, gente más joven—, para poder conseguir el dinero para la próxima obra.

Es más tiempo el que se invierte buscando la plata, que el tiempo en que estás filmando. Neumonía, cojera, insomnio, pero hay que seguir luchando.

La esposa de Abel, la lolita, todo el tiempo estaba hablando con un salvavidas fuerte, musculoso. Y nuestro genio, solo, a cada rato dejaba el niño a salvo y se ponía a coger un descanso. Mirando al horizonte. No sé en qué pensaba. ¿Pensaba en Claudia Schiffer? ¿En Dennis Hopper?

Una vez más, la juventud, la arrogancia del salvavidas que ni sabía quién era ese viejo, y, así y todo, flirteaba con su mujer.

Una vez más los jóvenes jodiendo a los viejos. ¿O era la vida jodiendo a los viejos? Quise acercarme y decirle

algo. Pero la regla en estos casos es no molestar. ¿Esto le pasaba por estar con una mujer más joven? ¿Por haber vivido mucho? ¿El ser un gran director de cine se merecía una vida mejor que el resto de los mortales? ¿Más respeto? ¿Yo era un comemierda? En fin, muchas preguntas en mi cabeza.

De todo esto lo único que saco ahora, a las puertas de mis cuarenta, y sin saber si voy a volver a filmar, es que lo único que uno puede hacer en esta vida, es ser humilde. Muy humilde, y esperar lo mejor.

No quiero con sesenta años tener que subirme a una loma con un rifle para acabar con los jóvenes. No quiero a los setenta, una novia de treinta deseada por todos y tener que estar en esa lucha. Sí me gustaría haber hecho una peli como *The Addiction*. Ni siquiera sé si hay un problema entre jóvenes y viejos, o es solo esta industria que funciona para los jóvenes, porque se supone que después de dos películas ya los directores la van a tener más fácil para seguir y aumentar la filmografía. Pero no es así.

Lo que sí sé es que yo de joven era más soberbio y ahora la vida me está poniendo en mi lugar. Intentar ser humilde, serlo, es algo sabroso. Está bien. No sé si Paul Leduc pudo hacer su película. No sé si Abel sigue con la misma chica. Lo que sí sé es que nadie de esos monstruos se interesó por mí, ni por mis proyectos. Para ellos, nosotros, los dos cubanitos, éramos unas *rara avis*, nos miraban raro, nos preguntaban como si quisieran saber y cuando íbamos a responder, se perdían sin mostrar ningún interés.

Solo espero tener fuerza para, a los sesenta años, poder seguir pidiendo por ahí dinero para mis películas, lo mismo delante de un grupo de jóvenes, que de un

grupo de millonarios. No sé si llegue. Solo trato de no parar de trabajar y esperar, con humildad. Pero no es fácil. No es nada fácil.

En caso de que, con el tiempo, no logre crecer en mi filmografía, no logre aprender —ya que para aprender hay que filmar mucho—, sí sé que habré aprendido a ser más humilde.

Bueno, si sirvió de algo esta muelita, esperen mi segundo *post* sobre directores de sesenta años, aún no sé si hablaré de Curtis Hanson o David Trueba.

Bajanda, afectuosamente.

FALLO TÉCNICO

A David Trueba

Hubo una vez, una tarde de aire caliente y promesa de aguacero en la vieja cinemateca de Casablanca, en La Habana, en la que a las cinco iban a proyectar una de mis películas cortas antes de la película larga, protagonista de la sesión. Hacía tanto calor que las puertas del cine estaban abiertas, y la claridad entraba por doquier al viejo teatro de varios pisos y muchas plateas.

El cine estaba lleno, lleno de gente obediente que miraba a la pantalla. Pero también había muchas personas interesadas en tocarse mirando a las señoritas de al lado. No sé por qué la función empezó a demorarse y no empezaba. La gente miraba a la pantalla, se entretendía hablando, o seguían las pequeñas broncas o trifulcas que se formaban entre el público decente y los señores calurosos, una especie de desamparados sucios, que no paraban de tocarse el pantalón. Cada cuatro segundos los *voyeurs* eran descubiertos y no les quedaba otra opción que huir.

Mi entrada me la había comprado Claudia, mi ex-mujer, que me esperaba en una silla de platea. Cuando llego junto a ella, ansioso por ver el resultado de mi corto, me doy cuenta de que detrás, a mi izquierda, estaba este director de cine español tan gracioso, ameno, delgado, de unos sesenta años, que no parecía tan mayor. David no me había visto, lo saludo.

¿Estás en Cuba? No me habías avisado. Le digo que un día de estos salimos y lo llevo a algún lugar de La Habana de noche, que no conozca. Me viro y sigo mirando a la pantalla, en espera. La función se demora y David me pregunta por un lugar cercano para comer algo, ya que tiene un hambre tremenda. Claudia, que sabe de buenos sitios, le recomienda Don Julio, un lugar cercano, bien de precios y sabroso.

La gente, muy obediente, seguía mirando a la pantalla, pero no había película, nadie hacía nada: ni se movían, ni se quejaban por el retraso. A cada rato, pasaba un policía y vigilaba que nadie se estuviera tocando, si descubría a alguno, se lo llevaba. El resto miraba adelante, conversaba bajito.

Por las puertas entraba un aire cálido, casi de Sahara, naranja, polvoriento. Las construcciones de la sala estaban bien oxidadas. ¿Estábamos en Cuba o en la India? Dilatado el tiempo, pesado el aire. Aburridos. La espera. No empezaba nada. En la pantalla no había imagen. De repente, David se levanta, se va al extremo final derecho del cine y empieza a hablarles a todos. Entretiene a la peña. Hace una historia muy bella. El público se gira, sin saber bien quién es este señor, lo escucha y se deja llevar por la bella anécdota que él hace de cuando venía a Cuba, en los 90, porque tenía un proyecto con una cantante llamada

María Antonieta; y María Antonieta pa' acá y pa' allá. Ahora no recuerdo bien como era el relato, pero qué lindo era. Todos en la sala encantados con el cuento, riendo. Claudia y yo nos mirábamos y decíamos: qué buena onda David. De improviso, desde el fondo derecho, escuchamos una voz que interrumpe, y vemos a una mujer delgada, misteriosa, *femme fatale*, con una chambra verde enroscada en la cabeza, como un faquir, y unas gafas redonditas oscuras. Era ella, la actriz.

Que indiscutiblemente conocía de atrás a David, y, por algo que desconozco, quería hacerse la graciosa. Intervenir. Ser parte. Y le empieza a preguntar si no recordaba de esos años de La Habana, que estaba ella también y un gordito misterioso, llamado Pablo. David, no sé por qué, con mucha educación, trataba de evitar la conversación con la misteriosa mujer.

Algo se me escapaba, entre estos dos había pasado algo. El tal Pablo habría tenido que ver seguro. No sé. No sé bien por qué, me los imaginé a los tres en un apartamento de microbrigada, con cigarros y ron barato, asomados a un balcón frente a la bahía, cerca de la iglesia de Yemayá.

Una época que ya no está. David, un poco dolido por algo, corta suavemente a la actriz y, como un Humphrey Bogart, la va alejando, se va deshaciendo de ella, para seguir su historia. Aplausos.

Termina el cuento y David vuelve a su silla. Todos seguimos mirando al frente. No acaba de empezar la película. Uno de los espectadores de la primera fila se levanta cansado de esperar, o como sabiendo que ya no va a haber peli, y otro tras él, y otro, y todos van llenando el pasillo y las salidas. Se van satisfechos, sin haber

visto nada, pero con la actitud de que esa tarde pasearon, y ahora toca enfrentarse a la realidad, a qué se va a comer hoy, a las colas, a las guaguas. Salimos del cine. No sé por qué no pudimos ver nada, ¿un fallo técnico?, Da igual, nos vamos satisfechos, obedientes.

BERGMAN Y OLOFFIN

Yo no sabía que Ingmar Bergman había nacido un 14 de julio y, sin embargo, como una señal del más allá, aquel 14 de julio del 2017 me encerré en un apartamento a ver todas las películas del maestro, en una especie de trance. Como si estuviera haciendo una misa espiritual en su nombre o tratase de recuperar la fe. Yo pasaba de los treinta y nunca me había dado por eso. Pero ahora lo necesitaba. Es raro pensar que el espíritu de este hombre que vivió, amó e hizo cine tan lejos, pudiera llegar a esta isla, en este verano tan caluroso.

La depresión y el cansancio me comían por dentro y solo tenía fuerzas para ir de una película a la otra. Mientras pasaban las horas, los días, me fui levantando poco a poco. Me fui embullando y comencé a vislumbrar una luz al final del camino. La trilogía del silencio me marcó tanto, que empecé a indagar en el tema del silencio de dios en las creencias afrocubanas. Mi abuela era espiritista y yo, desde chico, vi todo lo que ella hacía, y con el respeto que lo hacía. Tras los problemas que me trajo *Santa y Andrés*, la única manera de vol-

ver a recuperar el amor hacia el cine era haciendo un viaje hacia la semilla, hacia mi infancia. Y así comencé a escribir una nueva película. Una película sobre la fe. Una película que tenía que tener la frescura del agua clara de un bautizo. Pasó el verano, y cada vez que me sentía por el piso, ponía fragmentos o volvía a visitar algunas de sus películas. Era como una especie de cura. Al final, en muchas de sus obras, la fe era algo muy importante y yo estaba buscando mantenerme con fe.

Para octubre empecé a visitar religiosos: cartománticas, babalawos, paleros. Y todos me decían algo distinto, como si mi futuro no estuviera del todo claro. O como si los grandes entes no se pusieran de acuerdo sobre qué iban a hacer conmigo. ¿Me iba a ir del país? ¿Iba a tener una mujer nueva? ¿Iba a cambiar de trabajo?

Un amigo me prestó una serie de documentales sobre Bergman y viéndolos, me descubrí imitando su acento, y sin saber una gota de sueco, empecé a tratar de repetir lo que decía. En uno de los documentales se hablaba de los últimos días de Ingmar en su casa, solo, en medio del silencio, el frío, la sequedad.

Creo que desde esta isla de la fiesta y la sandunga es imposible que salga una obra que se pare al lado de *Persona* o de *Los comulgantes*. Pero al mismo tiempo, yo personalmente agradezco no estar en una isla fría. Aquí la soledad es distinta, porque es una soledad en medio de la gente. Aquí un asesino en serie no puede tener a su víctima en el sótano, porque se enteraría el CDR; ni te pudieras suicidar en silencio, porque los ruidos de los vecinos, los gritos del motor de agua, el reguetón a todo lo que da, no te permitirían estar un momento a solas contigo mismo. No te dejarían concentrarte.

Yo soy devoto de la virgen de la Caridad del Cobre. De pequeño era muy enfermizo, y un día mi madre, que era del partido comunista y reprendía a mi abuela por sus creencias, me llevaba por el parque; cuando una señora morena le dijo que yo no iba a salir del hospital hasta que no me presentaran ante mi verdadera madre: La Virgen de la Caridad. A escondidas, mi madre me llevó ante ella y hasta el día de hoy no he entrado más nunca en un hospital.

Cada vez que me he ganado un premio importante en mi país he tratado de llegar hasta el Cobre para donar el trofeo y dejarlo ahí, cerca de la virgen. Pero las últimas veces no he podido tener ese momento de meditación antes de entregar el regalo, los vendedores no me han dejado. Siempre han estado arriba pidiéndome dinero. Y, la verdad, he tenido que hacerlo todo muy apurado. Como corriendo. Sin poder concentrarme.

Bergman, a solas, frente a sus diablos de cola torcida, seguro que sí podía concentrarse más. Pero no sé qué es mejor, para estar en una isla fría a solas hay que tener un buen par de cojones.

En muchas religiones afrocubanas se habla de la soledad, como el peor estado en que se puede estar. Cuando los negros africanos fueron traídos y esclavizados, llegaron sin sus familiares a una tierra extraña, donde tampoco tenían cómo pelear contra los blancos explotadores, pero se valieron de las creencias y de los muertos para luchar, para no sentirse solos. La soledad era y es lo peor.

Las personas que crean, me parece, pueden combatir la soledad con su obra. Todas estas ideas me han servido para tratar de, en mi próxima película, hablar de la crisis existencial de una afrocubana, en esta isla de la fiesta, la risa y la gozadera. No sé si lo logre.

A veces siento que Bergman me acompaña, pero cuando me pongo a revisitarlo, en el fondo, la vecina pone a Chocolate, y ahí solo, como un desquiciado, me pongo a bailar en mitad del salón. Sin entrar en comparaciones súper estúpidas, a veces Chocolate me ayuda a levantar el día, y a decir que sí, que uno es un tigre, un caballo, un bárbaro y pa' la pinga el mundo y pa'l carajo los demonios.

Ingmar, en su isla, con qué música pondría para espantar a los bichos. Con algo clásico. Pero seguro que no podía bailar. Cuando se acabe el mundo, y no queden humanos, espero que una de las películas que sobreviva sea una de las de Bergman, pero quién sabe, quizá la que sobrevive es *Una noche en el Roxbury*.

Maestro: la tiraste fresca, hiciste tu pincha y tomó vida propia, viajó y llegó a la Cochinchina. Y hoy acompaña a muchos. A muchos que intentan, día tras día. No me abandones, Olofin. No me abandones, San Ingmar.

ÍNDICE

No es fácil	7
Fallo Técnico	15
Bergman y Oloffin	19
El chino Pérez	23
Marzel es bueno, Marzel es mejor	30
Siete textos yugoslavos sobre un gato blanco	45
Los pornógrafos	54
Bajada	62
Con Colina	68
Hacer el amor con Ana Mendieta	74
Nelson	80
La presa	86
Ricardo Acosta, irreverente en cada fotograma	92
La Cueva	100
Picadillo de Palma Real	106
Roto y callado	112
Molina o Muerte	118
No juego	127
Con Carlos Quintela	133
Cómo llamar desde la manigua	147
Encuentro con Alejandro Hernández	151
Posar desnudo en calle Paseo	162
Felipe Dulzaides, <i>as a matter of fact</i>	168

Gente Fula	176
Axilas	182
Te amo y te llevo al cine (0)	190
Julito Llopiz-Casal	
le escribe a su hermano cineasta	207
Cincuenta metros con Ena Lucía	212
Cubanos en la nieve	217
Estar enamorado es tremenda mierda	222
Carta a una niña suicida	227
Daniel: el silencio que dejó	232
Adiós a la mujer casada	240
Ricardo Vega:	
el silencio duele más que las palabras	246
Vida Nueva	257
Bruce LaBruce:	
el pornógrafo que quiere filmar en La Habana	262
Ser un ratico libre	277
Con Abilio Estévez	282
¿Dónde estan los amigos cuando hacen falta?	304
Ensalada fría y LSD	309
Conversa con Luis de la Paz,	
José Abreu Felipe y Juan Abreu	314
Cuerpo de Guardia	344

